

*El milagro de la Virgen de Atocha
en las obras de construcción
de la Plaza de la Villa*

AUTOR/TALLER: Anónimo

MATERIA: Lienzo

TÉCNICA: Óleo

DIMENSIONES: 210 x 305 cm.

IN. 35.351





La escena se desarrolla en la Plaza de la Villa muy concurrida en torno a la fuente que se levantaba en el centro. Al fondo se ve la Casa de la Villa en obras y en primer plano aparece un caballero que parece haber sido víctima de una emboscada y aparece tendido en el suelo rodeado de espadachines, y a quién la intervención de la Virgen de Atocha, cuya imagen aparece en el cielo, rodeada de ángeles, ha salvado milagrosamente. La figura del caballero de mayor tamaño en primer término a la derecha con una mano en el pecho, a la manera de un donante, puede significar que la obra es una ofrenda a la Virgen por parte de la víctima del suceso.

1. Virgen de Atocha, inicio del patronazgo.

Desde la Edad Media los reyes castellanos habían patrocinado imágenes venerables como la del Pilar, pero en Madrid no existían imágenes marianas, o reliquias famosas. Con el asentamiento de la corte vieron la necesidad de establecer una devoción para sustentar el pacto que ellos creían que existía entre la Virgen y la Corona. Para ello escogieron una oscura talla convirtiéndola en el foco de culto de la Virgen de Atocha.

La intervención de la imagen en la curación de la familia real era constante, así como en los matrimonios y la descendencia, cuestiones cruciales para la monarquía. En contrapartida, la virgen recibía muy valiosos regalos, como costosas joyas, lujosos vestidos y ornamentos para el santuario. También se le atribuían poderes militares, muy necesarios en un tiempo en que España debía defender un vasto imperio. Actualmente ha perdido popularidad frente a la Almudena que reside en la Catedral y ha conseguido el papel de patrona de Madrid.





2. La Casa de la Villa.

Con anterioridad a su construcción, el ayuntamiento celebraba sus reuniones en la pequeña sala capitular, situada encima del pórtico de la iglesia del Salvador, en la acera de enfrente de la calle Mayor. En 1629, casi 70 años después de la primera instalación de la Corte en Madrid, 1561, Felipe IV concedió licencia al Ayuntamiento para levantar un edificio que le sirviera de sede. Su situación a trasmano de los principales ejes de la ciudad, y el proyecto bastante modesto de Gómez de Mora en ladrillo visto, con granito en los dinteles, cantoneras y cornisas, rematando los ángulos por dos torres con chapiteles, simboliza de alguna forma, la posición secundaria del Ayuntamiento en una ciudad cuya vida giraba en torno a Palacio y la Monarquía y en la que el Concejo se hallaba supervisado por el poderoso Consejo de Castilla. En 1695 el edificio estaba totalmente terminado.

3. Monumento

La fuente en el centro de la plaza, obra del italiano Rutilio Gaci, fue labrada en 1618. Con motivo del tercer centenario de la muerte del marino Don Álvaro de Bazán (1526-1588), quien en palabras de Lope de Vega que figuran en el pedestal, destacó en su lucha contra el turco y el inglés, en 1888 el Ayuntamiento decidió erigir un monumento en su memoria en lugar de la fuente original. El escultor Mariano Benlliure es el autor de la estatua de bronce.





4. Los lances de capa y espada

Era esencial al sistema estamental el sentimiento del honor y la obligatoriedad de respuesta a todo ataque al mismo; cuanto mayor sea la respuesta, mayor prueba de valor. El código del honor era asumido sobre todo por hidalgos y caballeros. En el mismo momento que se producía una afrenta, había que sacar la espada y batirse, hasta que uno cayera pidiendo confesión. Parece este ser el caso de la escena que observamos en la pintura: se ha producido un lance de honor, las espadas han salido a relucir con el resultado de uno de los contendientes herido en el suelo. Unos caballeros le prestan auxilio, mientras otros parecen tratar de contener al otro contendiente, los llamados “metedores de la paz”, que intentan evitar que la contienda llegue más lejos.



5. Salubridad, falta de empedrado, perros vagabundos

La higiene era muy deficiente, en ninguna casa había letrinas, por lo que residuos y detritus se arrojaban por la ventana a las calles, que estrechas y sin pavimentar, se convertían en auténticos estercoleros y lodazales, sobre todo en época de lluvias. Las calles, como se aprecia en la pintura que nos ocupa, estaban sin pavimentar, algunas, a lo sumo, lo estaban con piedras de pedernal puntiagudo, muy útiles para el paso de caballerías, menos para los pobres ciudadanos. Carecían de aceras y su perfil estaba inclinado hacia el centro de la calle donde se formaba un arroyo con toda suerte de líquidos.

Los pozos negros eran escasos y las aguas fecales y no fecales se evacuaban por las ventanas, al grito de “agua va”. Allí se juntaba con perros y gatos muertos, pues había gran número de ellos vagabundeando por la ciudad, como también se ve en la escena representada. No es de extrañar que el agua de los pozos estuviera a menudo contaminada, lo cual unido a la mala alimentación, explica los estragos que las enfermedades, principalmente respiratorias e intestinales, hacían.



6. Transporte

Hemos de recordar que toda la tracción de la época era animal y, por consiguiente, vivían en la villa gran cantidad de animales de tiro y de silla, que aumentaban los detritus de las calles. En la escena que nos ocupa vemos una pareja de bueyes sentados junto a los sillares de piedra que han transportado y que trabajan unos canteros. También vemos varios caballeros a caballo y varios coches.

El coche era uno de los signos externos más representativos de la riqueza personal, lo que le convertía en el medio de ostentación social por excelencia. Su uso, claro, no estaba generalizado, pero era una obsesión el poder conseguirlo, hasta el punto de que a veces se juntaban varias personas para comprar uno. Los que no lo conseguían, tenían que resignarse al alquiler. Su abundancia motivaba problemas de circulación en las calles mayoritariamente estrechas de la ciudad. Cuando llegaba el buen tiempo y empezaban las romerías, los alquiladores cobraban lo que querían.





TIPOS POPULARES.

7. Comerciantes y artesanos

Los comerciantes vendían repartidos por la capital en lo que acabaron siendo barrios especializados. Los que vendían productos de lujo dependían de la nobleza y tenían mayor consideración social, pero la mayoría eran pequeños comerciantes y tenían una bajísima consideración. Los últimos en esta escala eran los vendedores ambulantes.

Al lado de la fuente vemos un vendedor que carga sobre su jumento cántaros de barro. No lejos de él una criada gesticula contrariada pues su cántaro yace en pedazos a sus pies. Las autoridades siempre intentaron garantizar el aprovisionamiento regular de la población, estableciendo sistemas de control de la producción del territorio circundante, sobre todo de pan. Aunque casi todo el comercio se aglutinaba en la Plaza Mayor y sus aledaños, la venta ambulante fue siempre algo tradicional y la sociabilidad de la calle no puede entenderse sin ella.



8. Aguadores.

En torno a la fuente central se congrega un numeroso grupo de personas que acuden a buscar agua. Recordemos que hasta finales del XIX no se inaugura la red de abastecimiento general. En el s. XVII los pozos en las casas eran muy escasos y así surge la profesión de aguador que perdura hasta la década de los sesenta del siglo XX. Desde muy pronto las autoridades tuvieron que dictar disposiciones pues al parecer los aguadores monopolizaban los caños de las fuentes, no dejando llenar a los criados de las casas ricas, ni a aquellas personas que no tenían posibles para pagarles. También se regulan la capacidad de los cántaros, así como el precio del litro de las distintas fuentes, dependiendo de si se trataba de aguas finas o gordas, de si estaban en el centro o más alejadas, para evitar abusos.



9. Pobres y marginados

En el extremo inferior de la pirámide social se encontraba la masa de gente ociosa y vagabunda, inmigrantes en paro, soldados licenciados, etc., que formaban un grupo muy abundante. La mayoría de los madrileños se ven obligados a vivir al día de su trabajo: viudas, huérfanos y minusválidos unidos a trabajadores que dependían de las variaciones estacionales y coyunturales, suponen más del 65% de todos los vecinos. Su modo de vida es el callejeo constante, utilizando el engaño y la picaresca para subsistir, a menudo la delincuencia. Los mendigos tradicionales y los ocasionales pululan durante el día al calor del bullicio de las plazas Mayor, de Santa Cruz, del Sol, El Rastro.

En este cuadro vemos un mendigo sentado en un sillar al lado de una de las puertas y una mujer que lleva un niño en brazos, otra mujer de espaldas con una niña, ambas parecen pedir limosna, prácticamente único medio de subsistencia de las mujeres viudas. La Iglesia principalmente en épocas de crisis, destinaba parte de sus cuantiosos fondos a asistir a los menesterosos. En primer término aparece un tullido, en la misma situación.





10. Clérigos

El alto clero compartía con la nobleza, de la cual procedía mayoritariamente, la cúpula de la sociedad y su vida tenía un carácter lujoso, incluso ostentoso. Su influencia era enorme y procedía de parcelas en las que su acción era casi exclusiva: aparte de la enseñanza, ejercida en el ámbito de la primaria mayoritariamente y en la universidad, la gestión de hospitales y casa de misericordia y la transmisión de ideología a través de la predicación. Aunque una parte de ellos se consideraban de una categoría superior, el resto vivía profundamente el mundo cotidiano de otros grupos sociales, pues en muchos casos se había formado y reclutado en ese ámbito.



11. La moda de la capa

La mayoría de los personajes que aparecen en la escena son hombres, la mujer seguía reducida al ámbito familiar. Una característica importante de la moda de la época fueron los cuellos. Se abandonan progresivamente las gorgueras del siglo XVI y se imponen por decreto las “valonas”, cuello grande y vuelto sobre la espalda, hombros y pecho, que se usó especialmente en el XVII. Empezaron por ser rígidas y almidonadas, se fueron ablandando hasta transformarse en encaje.

Si las mujeres no podían mostrar ni sus tobillos, los hombres en cambio lucían generosamente sus piernas, en el S. XVI enteras con calzas y en el S. XVII cuando el calzón bajo hasta debajo de la rodilla, enseñaban sus pantorrillas con medias calzas. La espada formaba parte del atavío masculino. Eran largas y sus empuñaduras ricamente adornadas. La capa era el obligado complemento del traje y no solo en invierno.



12. La gente de capa negra

El carácter político de Madrid, como capital de un gran imperio, explica la existencia de un grupo social muy numeroso, la gente de capa negra: los funcionarios de la administración central. Es la clase social más característica de Madrid, de gran conexión y homogeneidad, a pesar de las diferencias jerárquicas dentro del grupo, que incluía desde cargos con jurisdicción a simples funcionarios, pero todos con el común interés de defender a la clase dominante. Copaban los puestos de mando del municipio mediante la adquisición de los mismos y tenían muchos privilegios. Su prestigio social era muy elevado, tanto por su modo de vida basado en la apariencia y la figuración, como porque en sus manos estaba la resolución de interminables trámites y pleitos que la gigantesca burocracia de la monarquía imponía a sus súbditos.

